

# Una Vocación y un Drama Social

por Sebastián Salazar Bondy

LP. 05/1958

Debido a su peculiar clima de crisis espiritual, moral, social y económica, no es nuestro tiempo propicio a la carrera artística. Cada vez es más difícil, para quien se ha entregado a la creación de obras de arte, sean éstas cuadros o poemas, sobrevivir cultivando su inclinación, su poder realizador. Se piensa, en general, que ser artista es ser, dentro de la sociedad, un ente inútil, superfluo, ocioso. Pese, sin embargo, a los obstáculos que para desarrollar esta vocación existen hoy, siguen naciendo artistas. Se trata de un impulso a veces indestructible, a veces tan imperioso que propone la alternativa de abrazar el camino señalado o morir. La fuerza dramática de esta elección no es exagerada: la vida diaria nos da muestras patéticas de gentes que por eludir la ruta original de sus existencias, para adoptar en compensación un quehacer práctico son individualidades crispadas, mutiladas, resentidas, turbias. Nadie puede ser feliz plantado en una tierra extraña a su sed, a su hambre vital. De ahí que el problema de la vocación juvenil por el arte sea digno de ser afrontado por pedagogos y padres, y aún por los organismos estatales que se ocupan de la educación.

Hay una obra en el teatro norteamericano que plantea el problema de un adolescente de sensibilidad delicada y vibrante que choca con el medio grosero que lo rodea en el colegio, donde ni sus condiscípulos ni sus maestros distinguen en él los signos que psicológicamente definen al hombre de gran vida interior. Su propio padre quisiera ver en él al muchacho fuerte y vigoroso que se dedica a los deportes, al amor, a la diversión. "Te y simpatía", pues es a esa pieza a que se hace aquí referencia, es un testimonio

del conflicto que una sensibilidad artística confronta en las comunidades en las cuales, como es el caso de Estados Unidos y de América Latina, predomina un concepto de erróneo progresismo, entendido éste como simple adelanto material, comercial, industrial. El público eu-



ropeo, precisamente, no entendió el drama mencionado, pues en cualesquiera de los países del viejo continente la tradición ha impuesto un tácito reconocimiento de la excepcionalidad de la vocación artística. El joven que define su personalidad como la de un artista halla pronto allá los cauces en que verter su existencia y darle un sentido. Aunque en Francia, en Inglaterra o en Italia la carrera misma del pintor, del músico, del escritor encuentre dificultades, el proceso de consolidación vocacional no es tan penoso como entre nosotros.

La vocación es insoslayable. Acordado esto, hay que preguntarse cómo facilitamos aquí en el Perú su desenvolvimiento. No es raro que una vocación artís-

tica produzca en el mismo hogar del joven querido por ella cierto escándalo. Lo producen inclusive las vocaciones que no llevan al título profesional de médico, abogado o ingeniero. Cuando la reacción no es contraria asume un aspecto más intolerable aún: se considera al muchacho que gusta de la música o de la pintura, pongamos por caso, como dueño de una "gracia", es decir, de un rasgo que lo singulariza, pero que de ningún modo puede ser aceptado como rector de su futuro. Aparte de la resistencia familiar, el naciente artista debe afrontar la enemistad de sus compañeros de aula. Esta actitud de los más hacia el elegido no siempre encuentra la censura de los maestros, pues ellos tampoco conciben la producción estética como actividad esencial. Bien sabemos que en nuestros colegios —salvo algunas excepciones— no hay museos de reproducciones, salas de concierto, concursos literarios, etc., organismos, en fin, en donde el educando que muestra facultades artísticas se convierte, como el atleta en el campo de deportes, en un líder ejemplar. La enseñanza está centrada en los conocimientos, no en la vigencia de los valores, en su asunción por los niños y los adolescentes.

Un artista, no obstante, cumple en la sociedad un papel decisivo. En ciertas ocasiones prevé lo que los científicos o los técnicos no vislumbran. Al crear un estilo, que recoge del trasfondo de su pueblo, contribuye a la eminencia de su nación, de su comunidad, haciendo tanto o más que los que construyen edificios, manejan máquinas, cultivan el campo, cuidan de la salud, trazan carreteras o gobiernan. Frustrar al artista es mutilar al país, lo cual es un crimen.